

de todas las gracias, era un puro don de Dios, del cual no quedó revestida y adornada su santa humanidad, sino á consecuencia del gran designio que Dios sobre ella habia formado. Destinada estaba á ser la reparadora de la gloria de Dios, á pagar el precio de nuestra redencion, á satisfacer por todos nuestros pecados, á volvernos á la senda del cielo y á merecernos todas las gracias que á él conducen. Solo Jesucristo (Joan, I, 29) es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo; es el único verdadero adorador que haya adorado á Dios en espíritu y en verdad, en su nombre y por nosotros. El es la única víctima que nosotros podemos ofrecerle, que sea la mas grata á sus divinos ojos, que le honra de una manera digna de él, que nos autoriza á pedirle todo cuanto puede contribuir á nuestra salvacion, y que no le deja lugar para negárnoslo.

Dios ni ha tenido ni tendrá jamas semejantes designios sobre ninguno de los elegidos; así que nada ha obrado ni obrará en su favor como lo que ha hecho por él. Pero es muy cierto, segun nos enseña la fe, que Dios, suma é infinita bondad, cuya sabiduría no tiene límites y de cuya misericordia está llena la tierra, como canta el real Profeta, tiene sobre cada uno de los elegidos sus designios particulares, desconocidos siempre á los presumidos de sabios y á los amadores del mundo; y que á mas de las disposiciones naturales relativas á estos designios, les tiene preparado un encadenamiento de gracias para elevarlos á su tiempo á un cierto grado de santidad, aguardando de ellos una proporcionada correspondencia. Estemos, pues, en la firme persuasion de que por parte de Dios nada nos falta, como nada faltó á Jesucristo; y que así como de este, tampoco de nosotros nada exige sino en razon de lo que nos ha dado y de lo que nos ha puesto en estado de hacer y de sufrir por él. El uno ha recibido cinco talentos, el otro dos, el otro uno, cada cual segun su capacidad. Lo que nos pide con justicia es que aprovechemos estos talentos, por lo que deben producir. El campo de nuestros corazones, en donde se ha sembrado el buen grano, no

es en todos igualmente fértil; este no puede dar sino treinta por uno; aquel puede dar hasta sesenta y algunos hasta ciento. Estos diversos grados de fertilidad son un don de Dios, que pone en cada alma lo que le place, segun los designios que sobre ella tiene. Mas está en nuestra mano el hacer producir este don divino, á proporcion de lo que Dios tiene derecho de esperar de él; y nos hacemos mas ó menos culpables, si el producto no corresponde á la medida de los talentos, ni la cosecha á la fertilidad de la tierra por la falta de nuestra cooperacion. Hé aquí tan solo en lo que se nos propone imitar el interior de Jesucristo; y esto depende de nosotros.

Dejemos, pues, inútiles y dolorosos recuerdos sobre lo pasado, pidamos sinceramente perdon, que obtendremos si tenemos firme resolucion de portarnos mejor en adelante. Examinemos nuestro actual estado y empecemos por hacer buen uso de la gracia presente. Sosténgase nuestra fidelidad; no desperdiciemos nuestras caidas, pues ellas con tal que nos levantemos lo mas presto posible, nos servirán para humillarnos, para alentarnos, para disminuir nuestra confianza en nosotros mismos y aumentar la que debemos poner en Dios.

CAPITULO II.

SACRIFICIO QUE HACE DE SÍ JESUCRISTO AL ENTRAR EN EL MUNDO.

EN el primer acto que hizo Jesucristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de su concepcion en el seno de María, se puso á la entera disposicion de la voluntad de su Padre. San Pablo es quien nos lo asegura, y el que le hace proferir en aquel instante con toda la efusion de su alma aquellas palabras de un salmo que contiene esta ofrenda. *Por eso al entrar en el mundo dice á su Eterno Padre: Tú no has querido sacrificio, ni*

ofrenda: mas á mi me has apropiado un cuerpo mortal: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Héme aquí que vengo, segun está escrito de mi al principio del libro de la Ley: para cumplir, oh Dios, tu voluntad. (Hebr., X, 5, 6, 7.) El salmo añade: Eso he deseado siempre, ¡oh Dios mio! y tengo tu Ley en medio de mi corazon. (Psalm. XXXIX, 9.)

Hé aquí, pues, á Jesucristo, que se sustituye á los sacrificios de la antigua ley, los cuales solo eran sombra y figura del suyo. Ofrece y consagra su cuerpo en lugar de los holocaustos, de las víctimas de expiacion, de las hostias de accion de gracias y de impetracion; víctimas que por sí mismas nada tenian que pudiese agradar á Dios, nada que fuese capaz de honrarle, ya reconociendo sus beneficios, ya expiando los pecados, ya atrayendo su gracia sobre los hombres.

Por este grande acto de espontáneo sacrificio, Jesucristo reconoce solemnemente que él no es dueño de sí mismo, que no existe para sí; y que si ha recibido un cuerpo, es para inmolarlo á la gloria de su Padre, y para la salud del género humano. Aun mas: lo inmola anticipadamente por medio de una voluntad pronta, generosa y tan libre como sometida.

¡Cuántos actos encierra este solo acto! acto de adoracion la mas profunda; de homenaje tributado á la majestad suprema y al dominio de Dios por un Hombre Dios; acto de amor el mas perfecto, por medio del cual consagra su vida á aquel de quien la ha recibido; acto de obediencia á todas las voluntades de su Padre sobre él; acto de humildad ó mas bien de anonadamiento, poniéndose en estado de víctima destinada á ser destruida y consumida sobre el ara del sacrificio; acto de una caridad incomprendible hácia los hombres, por quienes y en cuyo lugar se entregaba á fin de librarles del infierno y de restablecerles en sus derechos á la herencia celestial. Todo el decurso de la vida de Jesucristo no fué otra cosa que el desarrollo y la ejecucion de este primer acto, el cual abrazaba en sí distintamente hasta sus menores circunstancias.

Por manera, que en este instante mismo vió clara y detalladamente todos sus sufrimientos interiores y exteriores; conoció su número, su variedad, su intensidad, su duracion; todo le fué manifestado, todo lo aceptó, y así entró en aquella larga cadena de penas que debian terminarse por la cruz. Cruz que tuvo siempre delante de sus ojos; cruz á la cual iba acercándose en cada paso que daba, sabiéndolo, queriéndolo, deseándolo ardentemente sin detenerse ni desviarse ni retroceder un solo momento.

Aquí es donde el interior de Jesus empieza á ser el modelo del cristiano, y no vacilo en decir que este es el punto capital de su imitacion, del cual depende todo lo demas. El acto de consagrarse á Dios es el alma de la piedad; y ni áun es posible formarse sin esto idea de religion verdadera. *No se da culto á Dios, dice san Agustin, sino por el amor, y es evidente que en tanto se le ama en cuanto cada uno se consagra á él.* Así que nadie es ni puede ser buen cristiano sino por este espontáneo y entero ofrecimiento del espíritu y del corazon; de modo que las demostraciones y prácticas exteriores no pasan de unos gestos inútiles, si no son la expresion de este sentimiento que debe manifestarse en toda conducta.

Para conocer la naturaleza y las calidades de este acto interior que nos pone á disposicion de Dios, estudiad el de Jesucristo y conformaos á él, sometiéndoos como él en un todo y sin reserva á la voluntad divina, consagrándoos como él ante todo y sobre todo á la gloria de Dios; subordinando vuestros intereses, áun los espirituales y eternos, á los suyos, y no mirándolos sino como contenidos en los suyos. Pensar en la propia salud únicamente con relacion á sí; llenar los deberes de cristiano por temor de condenarse y con la mira de asegurar la propia felicidad, es, no hay duda, una buena disposicion, pero es una disposicion muy imperfecta; es consagrarse á sí mismo mas bien que á Dios. Y aunque no se excluya el interes de Dios, pues entonces seria criminal, no obstante este interes ocupa el segundo lugar, cuan-

do en buen orden debe ser el primero. El temor es el principio de la sabiduría, cuyo progreso es la esperanza; pero el amor y el sacrificio del alma forman su consumacion. Tomad por objeto vuestra salud, vuestra perfeccion, vuestra santidad; Dios os lo manda; pero no pareis aquí vuestros ojos, levantadlos mas y ved en vuestra santidad y en vuestra salud la gloria de Dios que es su último fin, y que debe ser el vuestro.

Así lo entendió y practicó Jesucristo; y no es este un punto de consejo, sino un precepto tan formal y tan expreso como el de amar á Dios de todo corazon. Explicad como os plazca el precepto del amor de Dios; siempre hallareis que supone este sacrificio y que solo por él puede ser cumplido, pues que mas hemos de amar á Dios que á nosotros mismos. Y si esta falta no es el origen de los desórdenes entre los cristianos, lo es á lo menos de su tibieza, de su relajacion, de sus imperfecciones; lo es tambien de sus escrúpulos, de sus dudas, de sus ansiedades, de todas las penas de conciencia que les atormentan. Un alma enteramente cansagrada á Dios se halla por la gracia superior á todas estas penas que solo provienen de un corazon mezquino, interesado, que disputa con Dios sobre lo que debe concederle, ó lo que puede negarle. Si se halla atormentada es por motivo de purificacion y de prueba; es que Dios la ejercita, porque está dedicada toda á él, y no es ella misma la que se turba y se agita, *porque no lo está*; antes al contrario, por medio de su absoluto desprendimiento entra en la senda de la perfeccion, y en tanto que en ella permanezca no sentirá tibieza ni fastidio. Mientras se conserva dedicada á Dios se halla bajo el imperio de la gracia, y la naturaleza no puede tener fuerza para dominarla sino desde el momento en que ella afloje los nudos de su íntima sumision á Dios.

Pregúntase por qué los primeros cristianos eran casi todos hombres interiores, hasta el punto de no comprender que se pudiese ser cristiano sin ser interior; y por qué, al contrario, la mayor parte de los cristianos de nuestros días, ni idea tienen de la

vida interior, no creyéndola esencial al cristianismo, y mirándola unos como una hermosa quimera, otros como un peligroso misticismo que debe huirse con horror. No es difícil dar la razon de esta discrepancia. Los primeros cristianos, que eran ó judíos ó paganos convertidos, estaban en la íntima persuasion de que abrazar la religion de Jesucristo y consagrarse á Dios, á imitacion de Jesucristo, era absolutamente lo mismo; que el cristiano era un hombre celeste que no tocaba en la tierra sino por necesidad, debiendo estar siempre pronto á sacrificar bienes, amigos, parientes, patria, reputacion, la vida misma cuando el interes de Dios lo exigia, que en nada debia escuchar ni seguir los movimientos de la naturaleza corrompida, sino abandonarse enteramente á las impresiones de la gracia, dejarse gobernar por el espíritu de Dios y conducirse en todo por principios sobrenaturales. El bautismo era para ellos una consagracion á Dios, un divorcio eterno con el mundo y el demonio, un desprendimiento absoluto de sí mismos, una muerte total al pecado, un compromiso irrevocable para una vida nueva, una investidura de Jesucristo. Bajo este concepto, lo recibian con un perfecto conocimiento de causa; y al salir de este baño saludable todo su cuidado era mantenerse en la pureza de conciencia que en él habian recibido, y era el efecto que debia producir, huyendo las ocasiones, usando sin cesar de la oracion, de los sacramentos, de la palabra de Dios y practicando exactamente las virtudes cristianas. En cuanto á sus hijos, que recibian el bautismo luego de nacidos, les recordaban sin cesar sus obligaciones, les conducian desde pequeños á las asambleas de los fieles, les procuraban ó les daban ellos mismos las instrucciones necesarias y nada cuidaban con mas solitud que conservarlos en la inocencia. Estos hijos consagrados á Dios por sus padres ratificaban las mismas promesas y sentimientos apenas despuntaba su razon, y la gracia no encontraba obstáculo alguno en corazones tan bien preparados.

¿Tiénense en el dia de hoy las mismas ideas del cristianismo?

¿Procuran los padres inspirarlas á sus hijos en sus primeros años? Casi tan presto cristianos como nacidos ¿nos acordamos despues de las promesas que en boca de otro hicimos en el bautismo y que no estábamos en ocasion de conocer? ¿las renovamos en nuestro propio nombre? ¿nos tomamos el trabajo de instruirnos en lo que consisten? Si se nos dijese, con san Pablo, que en virtud de nuestro bautismo no somos ya mas de nosotros, que pertenecemos á Jesucristo, que debemos revestirnos de Jesucristo, tener sus conceptos y sentimientos y expresarlos en nuestra conducta; que no debe tratarse de consagrarse á él, pues que ya lo estamos por el mero hecho de ser cristianos, sino de portarnos en todo caso como dedicados enteramente á su servicio, es decir, de no vivir sino por él y de ser muertos á todos los demas; si se nos hablase, repito, en este lenguaje, ¿lo comprenderiamos? ¿Creyéramos que á nosotros se dirige? y confrontando con él nuestro modo de pensar y de obrar, ¿no nos viéramos obligados á confesar que nos es del todo desconocido? Los que hacen profesion de piedad (pues aquí no hablo sino de estos) son fieles á los deberes esenciales que les obligan bajo pena de pecado; los mas fervorosos añaden á esto algunas prácticas de devocion. Casi todos, aún en los estados mas santos, sirven á Dios para sí mismos y no para él; no tienen por objeto sino salvarse; y si piensan en su santificacion, es para apropiarse su perfeccion y hacer de ella secretamente el pasto de su amor propio. Mas el olvidarse de sí mismos ó á lo menos el no mirarse sino despues de Dios, y en Dios, el referirse todo entero á Dios, el cuidar principalmente de los intereses de Dios, de su voluntad, de su beneplácito, como estando todos consagrados á su gloria y no debiendo respirar sino su gloria; el estar en la disposicion habitual de hacerlo todo, de sufrirlo todo, de sacrificarlo todo por él y de creer que tal es el primer deber, el último fin y lo que constituye propiamente la esencia del cristiano, esto es una moral no practicada, ni conocida, ni comprendida de muchos; porque para entenderla y practicarla seria menester elevarse sobre

sí mismo, renunciarse, abandonarse enteramente á la gracia y dejarse gobernar como verdadero hijo de Dios por el espíritu de Dios.

Semejante modo de pensar y de vivir, se replica, es superior á la naturaleza. Sin duda que lo es; pero ¿un discípulo de Jesucristo, un perfecto imitador de Jesucristo no debe ser todo sobrenatural y divino? ¿no se aparta de su modelo desde el punto en que sigue de cualquier modo la naturaleza? ¿puede á su ejemplo estar dedicado á Dios desde que se cree con derecho de conceder algo á la naturaleza? Si Jesucristo puso algun limite, alguna reserva á su desprendimiento, autorizados estamos á ponerlo tambien nosotros; pero si no ha puesto, ni podido poner ninguna, ¿á qué título queremos ponerlo nosotros? ¿No se ha consagrado él por nosotros? ¿no nos representa? ¿no se obligó por nosotros? ¿Seremos, pues, libres nosotros, despues de esto, de no consagrarnos del todo á Dios, ó de restringir como nos plazca este sacrificio de nuestra alma?

Pero ¿un desapropio tan universal y absoluto es, atendida nuestra miseria, practicable? Menester es que lo sea, pues este es el punto capital en el que Jesucristo nos sirve de modelo. Por este ha empezado él y por este quiere que comencemos; ni entraremos jamas en la verdadera senda cristiana sino por esta puerta. Menester es que semejante desapropio sea, con la gracia de Dios, practicable; pues no se puede sino practicándolo, amar á Dios de todo corazon. No amais á Dios sino con reserva, si no le estais consagrados sino con reserva; esto es evidente: vosotros, pues, renunciáis formalmente al cumplimiento del primero, del mayor de los preceptos, si no haceis llegar este espíritu de desapropio para el servicio de Dios hasta el punto á que debe llegar y que la gracia os inspira. Menester es que sea practicable, pues que todos los santos, esto es, todos los verdaderos y perfectos cristianos lo han practicado; y solo practicándolo han podido ser santos. Leed, si nó, sus instrucciones y vereis que lo primero que han hecho, al sentirse movidos por la gracia, ha sido

consagrarse á Dios, el cual en consecuencia ha tomado de ellos posesion, disponiendo de ellos á su querer y para su gloria. Unos se han dado á él mas presto, otros mas tarde; unos habian antes vivido en la inocencia; otros habian sido pecadores; unos abrazaron un género de vida; otros abrazaron otro, cada uno segun su vocacion; mas todos se han consagrado á Dios. Por este primer paso han entrado en la senda de la santidad cristiana y no han llegado á su perfeccion sino por la perseverancia en este interior desprendimiento y sacrificio. Su gracia ha sido desigual, pero todos han sido fieles á la gracia, ó á lo menos lo han querido ser constantemente; se han aplicado á serlo con todas sus fuerzas, se han acusado de sus mas leves infidelidades, y han hecho servir sus faltas pasajeras para su santificacion.

Mas vosotros me direis que no aspirais á ser santos, sino tan solo á ser buenos cristianos. ¡Cómo si los santos hubiesen aspirado á otra cosa que á ser buenos cristianos, ó que hubiesen creido poder serlo de otro modo que con una entera abnegacion de sí mismos! No; nunca distinguieron ellos, como haceis vosotros, la santidad de la profesion cristiana, ni concibieron esta profesion bajo otra idea que la de un total desprendimiento y una consagracion de todo su ser á Dios. No se han introducido la imperfeccion, el relajamiento y en seguida el desórden en el cristianismo sino desde que se ha buscado esta falsa y pernicioso distincion, y que no se ha hecho consistir en este interior desprendimiento la esencia de la perfeccion cristiana.

Añadís que el exigir semejante desprendimiento, es sujetar el cristiano á una vida tan dura como intolerable. Os engaños por cierto, y hablais así por falta de experiencia. Es precisamente todo lo contrario. No hay vida tan dulce y tan feliz como la de un cristiano dedicado y entregado á Dios, ó mejor, no hay otra vida dulce y feliz sino esta. No os prevengais contra esta mi asercion, que os parecerá adelantada. Escuchadme y consultad vuestro corazon. ¿De dónde nacen vuestras penas en la práctica de la virtud? ¿Acaso de la dificultad de los objetos? No se-

guramente. Dimanan de falta de buena voluntad, de vuestra resistencia, de no hallaros firmemente resueltos á abrazar todo lo bueno y huir todo lo malo, de querer transigir con Dios, concediéndole esto y negándole aquello, de haber fijado ciertos límites dentro de los cuales quereis manteneros resueltamente, de pretender manejar la naturaleza y conciliar, á lo menos hasta cierto punto, sus intereses con los que la gracia exige de vosotros; en una palabra, de que en el servicio de Dios no atendeis sino á vuestra salud y que os dais por contentos con tal que no peligre vuestra alma. Fácil os será convenceros vosotros mismos que tal es el origen de vuestras penas y que esto es lo que os hace tan duro el yugo de Dios y tan pesada su carga. Añadid tambien que así como os mostrais escasos hácia Dios, Dios lo es tambien hácia vosotros. No os concede aquellas gracias poderosas que os harian triunfar de todos los obstáculos; y como no os las concede, os hallais positivamente indignados por la bajeza de vuestros sentimientos, y por la manera con que le tratais. No os da á gustar sus dulzuras en vuestros ejercicios de piedad, pues las reserva para las almas que le están del todo consagradas. Siendo vosotros frios para con él, lo es él para con vosotros; y este mutuo resfriamiento os hace flojos y lánguidos en su servicio. Os arrastrais con esfuerzo por un sendero que todo conspira á hacéroslo hallar estrecho, difícil, erizado de espinas y así sucumbís á cada paso.

Preguntad á los cristianos que se han generosamente entregado á Dios, si dejan de correr ó de volar en esta misma senda por donde con tanta fatiga caminais vosotros; si no se ensancha y allana para ellos á medida que van adelantando; si se hallan cansados, sin fuerzas, ó disgustados como vosotros y con tentaciones á cada instante de volver atras. Y no obstante ellos hacen incomparablemente mas que vosotros, nada se dispensan, antes bien temen siempre no hacer demasiado; se cargan con todo el peso y lejos de disminuirlo, añaden el consejo al precepto y lo que es de perfeccion á lo que exige la obligacion. La vida

que llevan espanta y estremece vuestra flojedad. Preguntadles si quisieran cambiarla por la vuestra, si para ellos está llena de consolaciones, si una sola visita del Señor no les recompensa con abundancia todos sus sufrimientos, si dejan de disfrutar de una paz inalterable, de una paz que en expresion de san Pablo sobrepuja á todo sentimiento y es para ellos un gusto anticipado de las celestiales delicias. Vosotros les compadeceis y no comprendéis cómo pueden sobrellevar una vida semejante y ellos os compadecen á su vez con mucha mayor razon, se lamentan de vuestra ceguedad y de vuestra insensatez, no concibiendo cómo sea posible el hacerse desgraciado, piatándose, como haceis vosotros; tan mal un Señor tan grande y tan bondadoso como es Dios. Nembradme un solo santo que no haya abundado en estos sentimientos; uno solo que no haya mirado como la época de su felicidad el día que se consagró enteramente á Dios; uno solo que como san Agustin no haya sentido en el alma no haberse consagrado mas presto á él.

Esto supuesto, ¿hay cosa mas justa y racional que esta consagracion á Dios, que se os propone como la entrada á la vida cristiana? Y ¿qué se os exige para ello? Una disposicion sincera y generosa de espíritu y de corazon que os conduzca á entregaros á Dios, dejando con una llena confianza á su providencia el cuidado de disponer de todos los sucesos de vuestra vida; á dejaros enteramente á la direccion de su divina gracia, renunciando á conducirlos por vosotros mismos, porque sois incapaces de ello, y no haríais sino perderos; á aceptar de antemano las cruces que su bondad tendrá á bien enviaros para vuestra salud, á fin de que cuando vengan no os causen sorpresa ni os hallen desprevenidos y las recibais con mas sumision, llevándolas con mayor sosiego, paciencia y amor, en lo cual Dios sea más glorificado; en una palabra, á secundar los designios que Dios haya formado desde toda la eternidad sobre vuestra predestinacion y á quitar todo obstáculo á su cumplimiento, cuyo término será infaliblemente vuestra eterna felicidad. Hé aquí únicamente lo

que se os pide. ¿Podeis negaros á ello, ora considereis el negocio por parte de Dios, ora lo mireis con relacion á vosotros mismos?

¿De quién, decidme, recibís vuestro ser y la conservacion de vuestra existencia en todos los instantes? ¿No es de Dios? ¿Os crió para vosotros ó para él? ¿Puede dejar de ser vuestro dueño? ¿Podeis acaso sustraeros á su soberano dominio? Y de buen grado ó por fuerza ¿no habeis de depender de él? ¿Esta libertad de que le sois deudores, la habeis recibido para usar de ella á vuestro antojo? ¿Vuestra primera obligacion no es el consagrársela? Si le debeis, pues, vuestra libertad, nada os queda ya en poder vuestro. Si ya perteneceis á Dios por el mero hecho de ser hombre, le perteneceis por un nuevo título como cristiano. Oh tú, cristiano que me lees, mira lo que Dios ha hecho por tí, de qué inevitable abismo de desgracias te ha librado, lo que le ha costado tu alma, el inconcebible amor que te ha manifestado, el deseo que tiene de salvarla, su solicitud y cuidado para conseguirlo, los socorros ya en general ya en particular que le ha prodigado; recorre por fin todos los motivos que la religion te propone, y mira si hallas uno solo que no te impulse fuertemente á consagrarte á Dios, y que no te lo imponga como el mas estrecho de los deberes.

En cuanto á tu provecho espiritual, ya para el tiempo, ya para la eternidad, no puede hallarse en parte alguna sino en tu total abandono á Dios; con este está enlazada y de este depende tu felicidad. No vivirás dichoso sino en cuanto vivas consagrado á Dios; por este único medio asegurarás tu eterna salud; y cualquiera que sea tu estado durante la vida, si no mueres en esta feliz disposicion de abandono total á las manos de Dios, amándole sobre todas las cosas, hallarás el cielo cerrado para tí irremisiblemente.

Tú temes, me dirás, las consecuencias de este desprendimiento. Y ¿qué consecuencias? ¿Esta sujecion es la que te atormenta? ¿No te acuerdas de lo que dice san Pablo, que donde se halla el

espíritu de Dios allí está la libertad? (2 Corint., III. 17.) ¿Temes la privación de todo humano consuelo? ¿Ignoras tal vez que el consuelo que se busca en las criaturas es vano; que puede lisonjear el amor propio, pero que no penetra hasta el corazón ni le llena de dulzuras ni le satisface? ¿Dudas de que Dios consuele interiormente ó sostenga con su poder á un alma que ha tenido la generosidad de desprenderse de sí misma para no recurrir sino á él en todas sus penas? ¿Recelas que Dios se aleje demasiado de tí y que abusando de la entrega que de tí mismo le hayas hecho te trate como un amo duro é inexcusable? ¿Es verdad que hayas podido concebir de Dios semejante idea? ¡Ah! mal le conoces y no puedes hacer mas sensible ultraje á su amor. ¿Se complacerá, pues, en atormentarte? acaso lo que de tí exige no lo exige en provecho tuyo? ¿no tenemos el mayor interés en darle todas las pruebas posibles de nuestro amor? ¿no recogemos de ello el fruto aún en esta vida? y además ¿no puedes descansar sobre su sabiduría y sobre su bondad? Ten por cierto que no exigirá de tí mas de lo que te habrá puesto en estado de hacer ó de sufrir; lo que de tí quiera hará de modo que tú mismo lo quieras; aguardará tu expreso consentimiento: en una palabra, no usará de la menor violencia; y para determinarte no empleará sino la dulzura, ni mas fuerza que la del amor. Su gloria se interesa en ser de esta manera servido; no quiere él una obediencia forzada; y para que sea libre, exige antes el sacrificio espontáneo de tu voluntad.

Este sacrificio, me dirás por última réplica, me obliga á soportar ciertas cruces á las que sin él no estaria expuesto. Hé aquí lo que arredra efectivamente las almas tímidas; pero escúchenme siquiera un momento. No hay medio: ó se ha de renunciar al Evangelio, ó convenir en que nadie puede salvarse sin llevar su cruz á ejemplo de Jesucristo. Esta cruz nadie negará que la escoge Dios y no nosotros; él es quien á cada uno nos la impone, según sus soberanos designios sobre nuestra particular santificación. ¿A qué te obligas, pues, al consagrarte á Dios? Tan solo

á llevar la cruz que te ha destinado, de la cual dependen tu salud y el grado de santidad á que Dios te llama. No conoces esta cruz cuál sea; pero sabes en general que te es necesaria y que no llevándola te pones en peligro de perderte, ó á lo menos que no llegarás á la perfección que Dios espera de tí; y que si te salvarás será tan solo por el arrepentimiento de no haberla llevado. ¿Por qué, pues, no aceptarla, no abrazarla de antemano y no disponerse á tomarla de buen grado cuando se presente? Y ¿qué viene á ser esta cruz para el común de los cristianos? Es la práctica fiel y constante de las máximas evangélicas; es la exactitud en cumplir los deberes del propio estado, á pesar de las penas que en sí llevan; son las contradicciones, las aflicciones, los accidentes y los males de toda especie á que nos sujeta la miserable condición humana y que ordena y permite la Providencia, sin que podamos de modo alguno sustraernos; son en fin los combates interiores que debemos sufrir y las violencias que hemos de hacernos, tanto para evitar el mal como para practicar el bien. ¿Hay en todo esto una sola cosa á que un verdadero cristiano no deba anticipadamente someterse de todo corazón? Y ¿no es una verdad que por esta sumisión no aumentará el número y el rigor de sus cruces, antes bien las tornará mas suaves y soportables?

Confieso sin embargo que la vida interior tiene sus cruces que le son peculiares. Mas en el fondo la vida interior ha de ser la vida de todo cristiano; y dígame cuanto se quiera de ella, es compatible con todos los estados. Además, las cruces que le son propias se endulzan infinitamente por los consuelos que la acompañan. El amor á las cruces, por fin, es el verdadero carácter de las almas interiores, de modo que si no tuviesen de continuo algo que sufrir, la vida les seria insoportable.

En cuanto á las cruces extraordinarias, son el patrimonio de un corto número de almas escogidas. No es el desprendimiento y entera sumisión á Dios lo que se las acarrea; pero Dios, antes de presentárselas, solicita de ellas esta absoluta renuncia á

sí propias, como una disposicion indispensable. Les descubre como á Jesucristo, si no minuciosamente, á lo menos en globo, las pruebas por donde quiere hacerlas pasar; y no las somete á ellas sino precediendo de su parte una voluntaria aceptacion. Si no estás destinado á semejantes pruebas, tu general sumision no influirá en nada para que las sufras y todo su efecto será el procurarte hasta cierto punto el mérito de ellas, como si las hubieses sufrido. Si á ellas empero estás destinado, cometerias una falta inexplicable en temerlas y rehusar bajo este pretexto el consagrarte sin reserva á la voluntad de Dios, á imitacion de Jesucristo.

CAPITULO III.

QUÉ PADRES ESCOGIÓ EL HIJO DE DIOS PARA SÍ.

TODO cuanto concierne á Jesucristo fué decretado desde la eternidad en el consejo de las tres personas divinas; y él arregló como Dios hasta la menor circunstancia de todo cuanto debía pasar como hombre, todo con relacion al grandioso designio de dar á su Padre en nuestro nombre la gloria que le es debida y de salvar al género humano.

El es el único entre los hombres que árbitro de su destino, escogió su condicion y los padres de que quiso nacer. David habia recibido de Dios la promesa de que el Mesías saldria de su estirpe, y que se sentaria algun dia sobre su trono. ¿Cómo se cumplió esta promesa? Entendiéndola en sentido humano parece que anunciaba á Jesucristo el mas brillante nacimiento; que por una larga serie de reyes sus predecesores, el cetro de Judá pasaria á sus manos, y que pondria el colmo á la gloria de tan ilustre familia. Mas ¡cuán distantes están las miras de Dios de las nuestras! Para dar al mundo á este Mesías tan prometido, aguarda Dios no solo que los descendientes de David hubiesen

dejado ya el cetro por espacio de muchos siglos, sino que hubiesen ya caido en una oscuridad, en una indigencia que los hiciese, por decirlo así, desconocidos á sí mismos y á toda la nacion. Maria, que debia ser su madre, confinada á Nazaret en la Galilea, no tenia otra riqueza que bienes espirituales; y confundida entre la multitud, no se distinguia sino por su piedad, no teniendo para subsistir mas que el trabajo de sus padres y el suyo. José, destinado á ser su esposo, y á pasar en la opinion pública por padre del Mesías, era un simple artesano. Uno y otro habian salido de la sangre de David. Mas ¡qué inmenso descenso de la dignidad real hasta su pobre condicion! Tales son sin embargo los padres que escogió el hijo del Altísimo cuando se dignó descender hasta tomar nuestra naturaleza. Tal es el primer grado por cuyo medio se elevó á la dignidad real, por medio de una condicion la mas miserable y la mas digna de horror segun nuestras miras, la mas sublime y la mas gloriosa segun las miras de Dios.

¿Qué nos enseña aquí Jesucristo y en qué debemos imitarle? La condicion noble ó vil, rica ó pobre, brillante ú oscura en que nacemos, no depende de nosotros, y en esta parte estamos sujetos al orden de la Providencia. Mas lo que de nosotros depende es pensar de nuestra condicion, cualquiera que sea, como de la suya pensó Jesucristo. Si nacimos grandes, ricos, poderosos, no creernos con derecho de ser vanos y altaneros, y de hollar y mirar apenas como hombres á los que pertenecen á un estado muy inferior al nuestro; si nacimos en el abatimiento, en la bajeza, en la oscuridad, no avergonzarnos de nuestra cuna ni hacer esfuerzos para olvidar y hacer olvidar á los otros nuestro origen; no envidiar las condiciones mas elevadas ni gemir interiormente de la nuestra como de una humillacion.

¿A quién se oculta lo que en esta parte piensa, no diré el mundo profano, sino hasta el mundo cristiano, el que hace profesion de una sincera piedad? ¿Hay ventaja que juzgue superior á la de un alto nacimiento? ¿Hay desgracia mas aflictiva á los